

# Los Lunes de El Liberal

LIBERTAD

PARA TODAS LAS OPINIONES.

NO SE DEVUELVEN

LOS ORIGINALES.

DIRECTOR, DON ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

4 DE AGOSTO DE 1879.

Madrid.

Primero la tituló su autor *La Quinta de la Esperanza*, y el gobierno la prohibió. Después la tituló *¿Quién administra?* y el gobierno la volvió a prohibir. El autor se ha cansado de poner nombres a la obra, y la ha impreso y la vende.

No se puede representar, pero se puede leer. El libro por sí no es peligroso: léalo Vd. solo y en voz baja y hasta será inofensivo y excelente; pero no lo declame Vd. en un teatro, porque perjudicarían entonces el gobierno, las instituciones y el país.

Y si no fuese más que declamarlo! Pero la obra tiene música. Como que se titula *Opera semibufalo-político* sería. La palabra influye mucho en los movimientos espirituales del hombre; pero las grandes revoluciones las han hecho las corcheas. Recordad la Marsellesa y el himno de Riego. El demagogo más temible es el que, además de ser demagogo, es músico.

La escena pasa en el mejor de los países posibles... Es decir, en España. De lo cual no cabe duda, porque la patria es siempre el mejor país.

En la escena primera hay un administrador y se oye un coro. Este administrador tiene el aspecto algo aljamiado y debe gastar lentes. El coro ríe alegremente celebrando un festín. El administrador exclama:

¿Cuánto gozan mis administrados en el comedor!

¡Creo que están filoxerados y eso es lo peor!

En tan lamentable estado se encuentra la mayoría... de la reunión.

El administrador, cosa rara, está cansado de administrar y piensa retirarse. Algunos días, dice:

Me vuelvo atriabillado y le digo una fresca al secretario.

Pero a los diez minutos se me pasa y me voy los domingos a mi casa.

En el fondo de la escena hay una tapia; por detrás de esta tapia se asoma el Emigrado. Habla el francés muy mal y el castellano peor.

El administrador le dice cantando un aire de *La Bella Elena*:

¿Por qué no quiere usted legalizar su situación?

¿Venirse con nosotros y no hacer el fantasma?

El Emigrado contesta bailando el *cancan*:

Je suis republicain!

Aparece Don Mateo y compañeros mártires. Saben que dejó la administración y vuelven a establecer su pretensión.

Dice el de la Quinta. Visten de milicianos y traen armas. Cantan un himno patriótico, acompañado de tambor y corneta.

Esos son resabios que parecen mal y ese ruido es anti-constitucional.

dice el administrador.

Han salido ya de la escena D. Mateo y los suyos... Oyese dentro la marcha de cornetas de *Aída*.

¡Ah! ¡es él! ¡el que vuelve vencedor!

El vencedor trae insignias de general. Coro de *invalidos históricos*. Los negros bailan una *guaracha*.

General,

general,

en Vd. solo

flamamos ya.

Vuelve D. Mateo al compás del himno: la puerta está cerrada. Llamán una y otra vez cantando el aire del *Barbero de Sevilla*.

Al aire del *Barbero* sucede un aire de *Fausto*. Un *coracero* provoca en desafío a un *húsar*. No caben juntos en el mundo... es decir, en el presupuesto.

Batalla de *húsares* y *coraceros*. D. Mateo y sus amigos la presenciaban. Los *invalidos* salen al ruido. El Emigrado aparece sobre la tapia y canta con voz de trueno:

Ecoutez moi

organime cuatro palabras;

asientense ustedes

que voy a *prevenir*.

Mientras no hay en esa quinta

lo que hay en la francesa,

no podéis parar.

.....

¡Aquí hay *fraternité*!

¡aquí hay *tranquillité*!

Oyese detrás de la tapia el *Ca ira* y se ven volar sombreros, bastones, banquetas, sillas, etcétera. —*Cancan* dentro.

El administrador dice, dirigiéndose al público, por fin de la ópera:

Si como broma

puede pasar,

creo que nadie

se ofenderá.

El público, en efecto, no ha llegado a ofenderse por haberse ofendido el gobierno antes que el público.

Vestid el esqueleto que acabo de presentaros con otros versos y otras canciones, que le faltan; recordad los *aires*, aplicados por el músico, a esta ópera; medita sobre el efecto que en estos momentos pueden producir las caricaturas políticas dibujadas por el autor; pensad que los personajes más fastigados son los que hoy forman en la oposición: reflexión sobre el estado de la conciencia pública; en la indiferencia de unos, en la pasión de otros, en el gusto literario de todos, y habéis completado lo que a ese esqueleto le falta para ser figura escénica y obra representada.

¿Se hubiera aplaudido?

¿Se hubiera silbado?

—

Diffícil es saber el éxito de una obra dramática; mas difícil profetizar el de una obra de este género.

El éxito depende a veces del primer detalle, de la primera frase en que se fije el público.

¿Qué hubiera ocurrido cuando después del monólogo del administrador, aparece *El Emigrado* y le dice?

Bon jour, monsieur.

El gobierno ha preferido ignorarlo.

—Solo la prohibición—decía uno—es un éxito.

—Y dirán—exclamaba otro—que este gobierno no favorece a los autores: hé aquí uno a quien ha evitado una silba!

—Es lástima—decía un tercero—en estas críticas políticas es donde mejor se toma el pulso a la opinión del país.

Os pido perdón, amables lectoras, si he consagrado casi todo mi *lunes* a una obra política. Pensad, sin embargo, que vosotros habéis asistido a la representación de la ópera de Ricardo Vega, si se hubiese representado, y que tal vez vosotras habéis censurado o aplaudido.

Y de qué hablaros... El Madrid que mas agradable pudiera hacer este artículo nos abandona. Madrid está hoy fuera de Madrid.

Un asunto grave se ha puesto sobre el tapete. Interesa a Madrid. Así al Madrid aristocrático como al de la miseria. El proyecto anunciado contra la usura.

Madrid es un cadáver amortajado con espléndidas ropas. Levantad esas ropas y le encontrareis cubierto y comido por los gusanos. Por los usureros.

Sólo puede haber algo mas avaro que un usurero: su mujer.

—Hoy he prestado 1.000 rs. al 50 por 100, por un año. Pero como le he descontado los intereses, resulta que le he prestado sólo 500.

—Tonto, —le dijo ella;—podías habérselos prestado por dos años, y así no hubieras tenido nada que darle.

No es invención mía. —Esto no se inventa.

En el Retiro, bajo la fuente de la China. Diálogo entre dos modistas que paseaban ayer.

—No nos acerquemos, chica. Dices que hay un depósito de pólvora en este sitio y pudieramos volar.

—¿Temas la muerte?

—No, contesta dando un triste suspiro, pero al volar se me van los pies y... tengo rotas las suelas de los zapatos.

A Frasuelo le echaron palomas en la corrida de toros de Alcalá.

Es lo mismo que si a la Contreras la echasen cigarrillos.

Un lunático.

Madrid a 45 grados.

El líquido, encerrado en el seno del termómetro, no pudiendo sufrir el excesivo calor, busca en vano una salida a su presión y sube, dilatándose y trepando por los grados de la escala a tanta altura, que amenaza llenar con su enardecida masa el vacío.

Madrid parece asimismo un inmenso termómetro; sus habitantes, ostigados a semejanza del mercurio, buscan una salida a su prisión y van a encontrar en los frondosos valles y en las frescas costas del Norte, ó en las sierras vecinas un antídoto al ardor del sol y a la sofocante temperatura de la corte.

Pero no hablemos de los que se van, volvamos nuestros ojos a Madrid, sobre el cual el irritado Febo lanza con violencia sus mas ardientes rayos, y a su luz vemos como Madrid, desplegando sus paveses de combate, cubre sus balcones y sus ventanas de persianas y cortinas, entolda sus tiendas, y como sus habitantes todos buscan tras de los cuerpos opacos el descanso con que brinda la bienhechora sombra y la grata impresión que una mas baja temperatura les proporciona.

Ved como se apiñan los transeúntes por las calles y plazas en las aceras de sombra, y con cuántos rodeos y vacilaciones atraviesan los espacios donde bate la luz. Ved la Puerta del Sol, esa inmensa caldera llena de una atmósfera cálida, abriantada y enardecida por el estivo sol; ved como para atravesarla es necesario rodearse contra el comun enemigo, desplegando a su orilla el ligero quitasol y cerrando los ojos para preservar la retina de sus ardientes rayos, sumergirse lleno de la mayor intemperie en aquel mar de fuego gaseoso. Y en todas las reuniones, en los corrillos, en cafés, oficinas y tiendas donde quiera que se hable, no se oye mas que murmurar, maldecir y renegar del sol, de su luz bienhechora y del calor que nos abruma, mientras azotan el aire los abanicos y limpian los maldicientes el sudor de su rostro.

Llega el sol al zénit y en las horas de la plenitud de su reinado, se ven las calles desiertas y abandonadas, no pulula por ellas esa inquieta multitud, ese incansable y bulente hormiguero humano que constituye la fisonomía de la corte; los habitantes están en sus casas, sólo la necesidad hace salir a algunos en este tiempo en que Madrid parece muerto. Pero Madrid no está muerto, está durmiendo la siesta. Si penetrasemos durante esas horas en las viviendas de las clases acomodadas, veríamos a la tibia luz que penetra en ellas suavemente filtrada a través de mil bordados velos y cortinas, a graves señores sesteando tirados sobre las mecedoras, en un calzoncilloso traje, que carece totalmente de seriedad, y a las elegantes señoras desprovistas de sus ficciones y mas frescas de lo que permiten las modestas leyes de la sociedad; pero si queremos ver un mas curioso espectáculo, penetremos en las casas de vecindad ó subamos a las boardillas; allí, en el patio y en la escalera, nos estorbará con sus juegos el paso una abigarrada turba de chicos de todas edades, castas y hechuras. Niñas a medio vestir, desgreñadas; niños totalmente en cueros luciendo sus abultados vientres mal llenos de pan y pepino ó de tomate, arman una algarazara insustentable, y mas alto, sus madres, en

trages que no son para descritos, planchan, cosen y hacen sus faenas a la puerta de las boardillas ó de los cuartos numerados, porque dentro de las habitaciones, segun dicen, el calor no se puede soportar.

En cuanto a sus habitaciones, poco debo decir por ahora, mas adelante me ocuparé con algun detenimiento de este punto tan interesante; debo, sin embargo, indicar que bajo la temperatura en que estamos, la generalidad de habitaciones de las clase pobres son matemáticamente incompatibles con la vida y con la salud.

Una mañana fui llamado a una boardilla para ver una mujer enferma: la habitación tenía escasamente tres metros cuadrados de superficie, se entraba a ella por un pasillo estrecho, bajo y mal ventilado, y dentro de ella, el techo, en declive, llegaba a tocar por un extremo los pies de la cama de la enferma, mientras por el lado mas alto, extendiéndose esta su brazo sin incorporarse, llegaba con la mano al techo.

A teja vana caldeada por el sol, la atmósfera mal renovada de aquella cripta, de aquel nicho habitado era insoportable, y yo hice presente que allí, no solo no se podía curar nadie, sino que no podía vivir mucho tiempo una persona sin enfermarse.

—Y a dónde quiere Vd.—me dijo el marido de la enferma—que fuésemos nosotros? Ahora podemos tener este cuarto porque vivimos en compañía.

—En compañía? exclamé yo horrorizado.

Y así era la verdad: allí, que no había capacidad cubica, ni ventilación para una persona; donde la temperatura era altísima; donde en buena higiene no debía ni podía vivir nadie, allí vivían dos familias en compañía.

Muchas veces se oye declamar contra la falta de policía que permite que en la vía pública se estén a su sabor esa multitud de niños, de mujeres y trabajadores que se sientan al anochecer en las aceras; pero este abuso no depende de la falta de urbanidad, sino que nace de las pésimas condiciones de las viviendas de las clases pobres que, caldeadas por el sol, irradian al llegar la noche todo el calor que durante el día han almacenado.

Por eso debemos decirles a los elegantes caballeros y a las acicaladas damas que, cuando llenas de flores y gasas salen a paseo haciendo equilibrios sobre sus tacones, no se incomoden si por acaso en su camino se ven molestados por esos grupos que están en las aceras; porque ellas viven en cómodas viviendas, y cuando gira la tierra sobre sus goznes y se oculta el sol, van a pasar alegremente la noche sentadas en el Prado ó en los jardines del Buen Retiro, agitando indolentemente los abanicos, que en sus manos parecen pintados pétalos de una flor, mientras que los pobres, si quieren tomar algo el fresco antes de entregarse al sueño tras el fatigoso día, no tienen mas remedio que ir a tomarlo a la puerta de su casa sobre las piedras de la calle.

JOSÉ PARADA Y SANTIN.

## Los lectores desinteresados (I).

Un riguroso preceptista ha dicho que la ironía se compone de palabras vueltas del revés, y que el principal elemento de la crítica satírica es la ironía. En tal sentido, pues, debe entenderse el calificativo aplicado a los lectores de que ha de tratar el presente artículo.

Ya *Figaro* se quejaba de ellos en sus buenos tiempos; pero hay motivos fundados para sospechar que hubieron de aparecer sobre la tierra—como azote de la literatura—poco después de la invención de la imprenta, alcanzando la honra de ser contemporáneos de Gutenberg.

Como medida de buen gobierno, en esta ordenada república... de las letras, debiera, quien para ello tuviese autoridad bastante, imponer pena severísima y castigo ejemplar a todo ciudadano que sabiendo leer—cosa, por otra parte, un poco rara en esta clásica tierra—cayera en el feo vicio, ó mas bien delito grave, de recrear su ánimo ó ilustrar su inteligencia, por medio de la lectura—a costa de amigos complacientes ó de escritores cortos de genio—y entendiéndose lo de la cordedad en lo que toca a las relaciones meramente sociales del escritor.

A favor de la tolerancia de los unos, de la indiferencia de los otros y de la apatía de los mas, subsiste y se perpetúa una larga milicia de pequeños vicios, algunos de los cuales, sobre patetizar irritante abuso, vienen a lastimar, y aun a perniquebrar, intereses dignos del mayor respeto. Muchos se quejan privadamente de vicios y preocupaciones sociales que en público no se atreven a combatir por miramientos que, bien considerados, no tienen fuerza ninguna.

Entre esos pequeños vicios existe uno de indudable gravedad, el de leer gratis: vicio desarrollado en alarmantes proporciones y que va tomando incremento de día en día.

Todo vicio nace de un error; el creerse, erróneamente, por multitud de personas, que la lectura es simplemente un recreo, una diversión de la cual solo se saca el goce fugaz y momentáneo que produce, por ejemplo, la lectura de un castillo de fuegos artificiales, ha ocasionado que los libros se consideren, no como una necesidad del espíritu y del entendimiento, sino como un lujo superfluo que debe sostenerse a costa del prójimo. —De aquí la afición a pedir libros prestados.

Tomaría el cielo con las manos, y aun le parecería que tomaba poco, aquel a quien pidiesen prestado un sombrero, un chaleco ó un pantalón; pero el cree lo mas natural—y si no lo cree lo aparenta—que le pidan un libro.

A ninguno le ocurre al visitar una casa querer llevarse de la misma una sillera, una mesa ó un armario,—y aunque le asalte tal idea se guarda muy bien de manifestarla;—pero pasa a la biblioteca, y allí va es otra cosa, allí no hay miramientos sociales ni respetos humanos: la costumbre le autoriza a llevarse, prestados por supuesto, los libros que mas le

agradan y que ha oído celebrar con mayor entusiasmo y que él no conoce ni conocería nunca sino encontrara quien se los prestara.

Hay personas muy aficionadas, aficionadísimas a la lectura: ponen empeño, verdadero interés en estar al tanto, como se dice, del movimiento literario; pero tal interés, laudable sin duda, no les lleva nunca al extremo, que llaman peligroso, de gastarse el dinero en un libro. En este punto son *desinteresados* hasta la exageración, toda vez—y aquí hay que tomar la palabra en su sentido material—toda vez que nunca emplean sus intereses para satisfacer ese que llamaremos capricho—que no placere—de su particular idiosincrasia.

Seguramente que es muy feo eso de pedir libros prestados, mayormente si los libros se estropean ó se pierden, como sucede en la mayoría de los casos; pero el abuso se convierte en delito, llevado a cabo con premeditación y alevosía, cuando los lectores *desinteresados* se van derechamente al escritor público y le piden sus propias obras, no prestadas, sino regaladas, y a mas con una dedicatoria de su *puño y letra* que diga: «Al distinguido zapatero...» ó «al simpático sastre...» ó «al ilustre agente de Bolsa...» segun la profesión ó carrera del individuo que por manera tan cómoda y expresiva disfruta el honesto placer de la lectura.

Fuera de ver la cara que pondría, v. gr., el simpático sastre a quien un amigo, ó un conocido cualquiera, le dijese: «Hace Vd. unas levitas admirables, elegantísimas, y no puedo resistir al deseo de vestirme una de esas prendas. Que sea enhorabuena, y sírvase Vd. enviarme, como regalo, éste ejemplar que me cae perfectamente».

Si el simpático sastre tenía en ese momento las tijeras a mano, es posible que cometiera un crimen; lo cual no obsta para que ese sastre simpático enderece a un escritor a quien ha saludado tres veces, el siguiente discurso: «He visto en los periódicos que ha publicado usted un libro: cosa buena, segun dicen, y no pueda menos de ser así, siendo de Vd. (El autor se inclina), y yo tendría mucho gusto en leerlo... (El autor se hace el distraído.) Ya sabe Vd. que soy constante admirador de su talento... (Vuelve a inclinarse el autor.) Con que... quedamos en que me enviará Vd. ese libro, ¿eh? ¡Ah!... que no se le olvide ponerme una buena dedicatoria. Adios, y que sea en horabuena.»

Y se va tan satisfecho, y al otro día suele recibir el libro, y si no lo recibe, envía por él como el que manda cobrar una deuda.

Poseer un ejemplar de un libro nuevo firmado por el autor, es placer a que en ningún caso renuncian los lectores *desinteresados*.

El escritor—aunque cuatro tipos creen otra cosa—es un hombre como los demás, con tantas necesidades como el primero y con mas *inglases* que cualquiera. El hecho de ser escritor prueba que es pobre, ó, en forma menos dura, que no es rico; de todo lo cual se deduce que vive de su pluma como el picapedrero de su martillo, el albañil de su palustre, etc., etc. Si esto es así—y el que lo dude que pruebe la contrario—con qué derecho se exige del escritor que regale el producto de su trabajo, cosa que jamás se ha exigido ni se exigirá de ningún trabajador?

Sin duda los escritores son de peor condición que los demás hombres, ó tal vez se crea que se mantienen del aire, por gracia y voluntad divina.

Los escritores, sea cual fuere su mérito, conocen muchas gentes, ó mas propiamente dicho, hay muchas gentes que los conocen a ellos. Y como en una buena parte de la sociedad existe la picara costumbre, segun queda apuntado, de no leer mas obras que aquellas que se obtienen de balde ó prestadas, al publicarse un libro, ninguna persona que conozca al autor, aunque sea de vista, se cree en el caso de comprarlo, aunque si de leerlo. Consecuencia: si el autor satisface todas las peticiones que se le dirigen, necesita la edición entera para dar gusto a los señores. ¡Delicioso y brillante porvenir!

La tradición tiene una fuerza invencible, y pecaría de grosero y se quedaría sin sus mejores amigos el que intentase salvar sus intereses de las garras de esos lectores formidables y *desinteresados*.

Sin embargo, no está todo perdido; que la sabia Providencia ha puesto en todos los casos el remedio al lado de la enfermedad.

Hay una callejuela, una sola, aunque estrecha, para que el autor pueda acusarse la alta honra... de que le dejen sin comer, que a eso sencillamente equivale el pedirle gratis sus obras. Esa callejuela salvadora es el editor—y aprovecho esta ocasión para revelar, en secreto, a los escritores el medio de que han de valerse para burlar la implacable saña de sus enemigos naturales, los lectores *desinteresados*.

Aunque la obra se publique por cuenta del autor, éste debe decir siempre que ha vendido la propiedad, en cuyo caso puede contestar a las consabidas peticiones que el editor es un monstruo, un tirano, un explotador, *indigno del talento*, que no quiere darle un ejemplar ni a tres trirones, empeñado como está en vender la edición al objeto de reintegrarse de sus desembolsos y ganar alguna cosa, propósito censurable y cuya maldad se nota a simple vista.

Como también entra en las costumbres literarias hablar mal de los editores, el autor sale airoso de este paso, queda bien con sus amigos y salva su propiedad, si convenientes, como debemos convenir, en que la propiedad no es un robo.

Si por este medio no se consigue el fin apetecido, no resta otra cosa que hacer sino apelar a los remedios heroicos, al desenfado, al descaño, a decir la verdad desnuda, libre de todo artificio, haciendo entender a esos... caballeros que se gastan dos ó tres duros en una corrida de toros ó en la apuesta de una rifa de gallos (es de advertir que la mayoría de los lectores *desinteresados* son aficionados acérrimos a toros, gallos, etc., etc.), y que no se gastan dos ó tres pesetas en un libro que quieren, sin embargo, leer; que el escribir es un arte; que la literatura es una profesión honrada, aunque ni

(I) Este artículo pertenece al libro inédito titulado *La Cámara Oscura* (Nueva galería de tipos).



productiva, que el libro es una producción social de utilidad reconocida que representa la más grandiosa manifestación humana, EL PEN-SAMIENTO; y finalmente, que vale dinero.

Si después de esta última tentativa aún siguen en sus trece, el gobierno de la república... de las letras debe meterlos en la cárcel sin vacilar.

FRANCISCO FLORES GARCÍA.

## Las profesiones

de las mujeres de clase media. (I)

Admira la imprevisión de muchos padres, que sin fortuna que transmitir a sus hijas, las dejan aguardar tranquilamente un porvenir dudoso, quizá cruzado de peligros y tristezas, sin preocuparse de asegurarse el bienestar. La mayoría de las mujeres pobres que no forman familia (y cuenta que considerándose el matrimonio *una carrera*, se sigue a todo trance, siendo causa la falta de horizontes para abrirse camino en el mundo de muchas uniones inmorales) vienen a quedar sujetas a los rendimientos del trabajo de aguja, que una espantosa concurrencia, reduce a mucho menos de lo necesario. Importa para evitar esto enseñarles una profesión; que el trabajo en vez de recurso extraordinario en caso de desgracia, correspondiendo por lo general al hombre, se considere propio de ambos sexos, y sirva a la mujer para adquirir independencia y hasta para elevarse más y más en el hogar doméstico. Aun a las mujeres casadas conviene trabajar en muchos casos, diga lo que quiera una galantería falsa, que, por colocarlas en un trono de flores, las condena quizá a la desesperación, ante la impotencia de ser útiles a sus familias. Cuando la salud del marido se agota por un rudo trabajo, algún derecho tiene a que le auxilie la compañera de su vida. De alguien que no sea extraño han de obtener los hijos el alimento necesario, cuando la ganancia del padre no basta para satisfacer todas las necesidades; y sin extremar el caso, una comodidad, un medio más de cultura, valen la pena de que la mujer consagre algunas horas de su desocupada existencia al trabajo retribuido. En la esfera económica, como en todas, tócale un papel activo; algo más que *carga* puede ser en la familia.

Para que este ideal de la mujer que vive por sí y auxilia a otros con su retribución se realice, es necesario proporcionarles trabajos propios de su delicada complexión, un medio también de condiciones especiales. El taller y la fábrica no sirven; la ocupación fuera de casa no conviene a muchas; el trabajo en ella es mejor para todas.

A mas de las escasas profesiones lucrativas que desempeñan hoy, y de las que el Estado podría abrirles, tienen muchas otras en que entrar desde luego.

La pintura de abanicos, que va desarrollándose mucho entre nosotros, hasta el punto de haber hoy en Madrid cincuenta o mas personas consagradas a ella con mucho éxito, proporciona a los copistas regulares de flores y paisajes sencillos de veinte a cuarenta reales por cuatro o cinco horas de trabajo al día. Mujeres hay que ganan sin fatigarse cinco o seis duros.

Les convendría también ocuparse en delinear. No contando con asistencia diaria a oficinas, que, combinada con trabajos extraordinarios, es el medio de obtener mayor retribución, por los inconvenientes que de ella resultarían dadas nuestras actuales costumbres; trabajando en sus casas pueden ganar de treinta y seis a cuarenta real's. El tipo mínimo de retribución, es una peseta por el trabajo de una hora, y no hay exajeración en pensar que la generalidad de las mujeres que se dedican a esto, llegarán a ser medianos delineantes. Pudiendo interrumpirse con frecuencia esta ocupación, resulta muy a propósito para las mujeres que por vivir en familia no trabajan asiduamente; y los inconvenientes de la eventualidad, que no son grandes (dado que los delineantes en general no sobran, aumentando a veces la falta de concurrencia los honorarios de tal modo, que ascienden a ciento y ciento veinte reales al día) se evitarían constituyendo un centro bajo la protección de personas técnicas interesadas por instrucción de la mujer.

El grabado en acero se retribuye bien; pero el escaso número de láminas por este procedimiento que hoy se encargan y la casi absoluta falta de industrias en nuestro país que requieran su empleo, hacen la profesión de grabador en metales, si pingüe para los que se elevan mucho, improductiva para las medianías. No lo recomendamos por eso a las mujeres.

Otra cosa es el grabado en madera, que, a diferencia del anterior, tiene gran aplicación. Basta llegar a ayu lante de taller para ganar de ocho a diez pesetas con seis u ocho horas de ocupación. Haciendo cosas originales, aunque sean de escasa importancia, la retribución aumenta mucho.

La litografía y el cromó ofrecen también trabajo consecuente sin asistencia a talleres; el de preparación de las piedras. A los dibujantes de tarjetas se paga por término medio de treinta a cuarenta reales, y a los de láminas de cuarenta a sesenta.

En la fabricación de metales finos hay operaciones que han de ejecutarse en talleres concurridos, por la dependencia en que están unas de otras, e imponen además gran fatiga las de fundición. Pero el modelado, el trabajo en torno y a cínzel exigen delicadeza, habilidad, arte mas que otra cosa, y se pueden hacer con una ganancia de veinte o treinta reales en la casa propia, donde bastará a lo sumo disponer un taller de tres o cuatro metros en cuadro. Hoy ejecutan solamente el bruñido por un jornal de ocho o diez reales con diez horas de trabajo.

En la bisutería de oro se ocupan también en bruñir, ganando de doce a veinte reales. Dedicados a la construcción y esmalte de objetos, podrían llegar a treinta, y engastando piedras en la joyería rica, quizá a sesenta o setenta.

El damasquinado se generaliza mucho, estando hechas por una señora las obras mas importantes de esta clase que hoy se ejecutan en Madrid. Es ejemplo que importa tener muy en cuenta.

La aptitud necesaria para estas ocupaciones que ofrece a las mujeres la industria de Madrid y las demás análogas, pueden adquirirla por

si, pero venciendo muchas dificultades y mediante una iniciativa que no puede exigirseles hoy. Es preciso quitar al aprendizaje lo que tiene de largo y penoso, y para esto crear numerosas escuelas de dibujo, de sus aplicaciones técnicas a los distintos ramos de la industria, de comercio, como la que con tanto éxito ha establecido la Asociación para la enseñanza de la mujer, etc.

Con escuelas especiales que tuvieran al propio tiempo carácter de talleres, para que las alumnas se ejercitaran mucho y su mantenimiento fuese menos costoso, se podría pensar también en la restauración de ciertas industrias, como la encajera, que tanto influye en la riqueza de las comarcas donde existe, y la de la seda, que proporciona ocupación y bienestar a las mujeres de una vasta zona en derredor del centro manufacturero.

La escuela de la isla de Burano, fundada en 1872, hoy bajo la protección de la ilustre reina Margarita de Saboya, ha hecho rápidamente de un pueblo miserable de pescadores otro que vive en la abundancia. Las muchachas de la isla, no ha mucho tiempo desarraigadas y ociosas, hacen, bajo una dirección inteligente, encajes dignos de figurar al lado de los de punto de Venecia del siglo XVII, que se pagan a mil y dos mil francos el metro, llegando a obtener salarios hasta de cuatro por trabajar los ratos que los cuidados domésticos les dejan libres. Aun sin llegar a tanto, bastante se conseguiría reproduciendo nuestros antiguos encajes.

La industria de la seda, por la gran variabilidad del pedido propia de los artículos de lujo, que no consiente el trabajo continuo en grandes artefactos, sin obstáculos de acumulación excesiva y crisis terribles, es esencialmente descentralizadora. Donde quiera que hay una fábrica de esta clase de tejidos, aparecen pequeños talleres para las mujeres de una familia o de tres o cuatro reunidas, en los cuales trabajan sin los inconvenientes de asistencia a aquella. Pues bien; tal vez se obtendrían resultados haciendo los damascos en que sobresalimos tanto durante los siglos XVI y XVII y en tiempo de Carlos III y Carlos IV por las fábricas de Talavera, Toledo y Valencia; y como cosa mas característica todavía, imitaciones de las telas árabes de Granada y Almería, y mudéjares de Pastrana que, como todo lo árabe, se conocen y estiman mucho en el extranjero.

Buscadas hoy las cosas antiguas, no como raras, sino por su belleza, carácter y el recuerdo que despiertan, es la actual época de imitaciones. La rapidez con que sube el nivel de la cultura artística asegura la salida de los productos arqueológicos. Estas circunstancias deberían estimularnos para restablecer con general provecho las industrias de barro cocido, loza, porcelana, cristales, y muy singularmente en el de las mujeres, las dos de que hemos hecho mención especial.

R. TORRES CAMPOS.

## La mortandad en Madrid.

Difícil es averiguar las leyes del movimiento de una población, siquiera ésta sea de las que, por especiales condiciones de situación, cultura y progreso, han podido reunir con diligencia y acierto los datos indispensables. Esta dificultad sube de punto cuando, de hacer esta averiguación se trata con elementos de observación poco numerosos, y además expuestos a errores considerables en países muy accidentados y de comunicación no fácil, ó en poblaciones de gran movimiento, como las de las grandes capitales. Por otra parte, aun no habiendo estos inconvenientes, la mortandad en un país depende de multitud de causas; originarias y principales unas, fortuitas y secundarias otras, cuya clasificación e influencia total y recíproca es difícilísima, si no imposible, de averiguar, cuando no se toma base segura, que sólo la proporciona una observación inteligente, prologada y asidua.

Si además de estas consideraciones, aplicables por modo sobremano excepcional a España, se tiene en cuenta la corta extensión de este artículo, y el trabajo preparatorio que se necesita para obtener los resultados que son objeto de la estadística, se tendrá la razón de que sólo se den aquí breves apuntes, y del visible temor de entrar en reflexiones que, no desprendiéndose lógicamente y naturalmente de un largo trabajo de comparación, serían aventuradas, si no peligrosas.

Tratándose de determinar la marcha de la mortandad en Madrid, conviene tomar como período de suficiente extensión un decenio, cuyos elementos numéricos se hallan metódicamente consignados en el libro que, con el título *Movimiento de la población de España en el decenio de 1861 a 1870*, ha publicado el Instituto geográfico y estadístico.

Madrid en el decenio indicado ha rendido a la muerte su tributo inevitable, que alcanza la cifra de 131.710 defunciones, ó sea poco menos de la mitad del número de sus habitantes. Distribuido este número por edades de cinco en cinco años hasta los 80, y de año en año para las edades que pasan de 80, se observa la ley general señalada en todos los países. Según ella, la muerte despliega preferentemente sus negras alas sobre las tiernas criaturas que no han gustado los placeres ni las amarguras de la vida. La mitad de las defunciones corresponde por regla general de singulares excepciones, a los niños desde que lanzan sus primeros vagidos fuera del claustro materno hasta los cinco años. Ley dolorosa derivada de múltiples causas, entre las cuales han levantado su voz en vano ilustras moralistas y hombres de Estado. En esta obra destructora que priva a la sociedad de considerable número de seres que llegarían a ser miembros útiles, algunos sabios, quizas héroes, lleva su parte muy principal la costumbre que impone procedimientos reprobados por la higiene y la moral. Agentes eficaces de la parca, son las apretadas ligaduras que envuelven y mortifican el tórax y los tiernos miembros del infante; las cintas que oprimen su cuello ó impiden el libre acceso del aire a sus débiles pulmones; la lactancia, al unas veces insuficiente, casi siempre peligrosa, co no encomendada a mujeres mercenarias; la alimentación, no siempre con acierto ordenada; los riesgos y peligros de la dentición. Tales son las principales causas de esta deplorable mortandad que en los diez años, del 61 al 70, ha alcanzado la cifra de 63.111 niños muertos de ambos sexos, ó sea la mitad del número total

de defunciones. Del exámen de estas, distribuidas por edades y tomando como tipo uniforme de mortandad los promedios en los diez años, resulta que se reduce considerablemente desde 6 a 15 años, que vuelve a aumentar considerablemente y bajo un punto de vista relativo desde 16 a 45 años, y que a partir de esta edad, vuelve a disminuir el número de defunciones. Resultado común a todas las poblaciones, y cuya explicación es fácil atendiendo a las circunstancias fisiológicas y sociales que por regla general de rarísimas excepciones concurren en los individuos de aquellas edades: la primera que es de cándidas ilusiones, de halagüeños deseos; la segunda que es la de las pasiones tormentosas, de esperanzas perdidas, de ambiciones burladas, de impuros deseos, siempre crecientes y con creciente anhelo perseguidos, pero nunca satisfechos.

Y como cosa curiosa, puede consignarse que entre los 15 y 45 años el máximo de defunciones corresponde al período entre los 26 y los 30, «la más edad de amargos desengaños.»

Conforme a la relación normal entre los habitantes de uno y otro sexo de Madrid, se verificó que el número medio anual de defunciones de mujeres fué menor que el de hombres, lo que induce a creer que el conjunto de enfermedades y accidentes que de una manera especial afligen a uno y otro sexo, ó se equilibraron en el período decenal, ó no han influido notablemente en el promedio de las defunciones.

Si a la mortandad por años se desciende, se observa que la de los niños, menores de cinco años, subió en el año 65 a 6.810, número considerablemente menor que la mitad de 14.770, número total de defunciones ocurridas; anomalía que parece explicarse por la aparición del cólera morbo en esta capital. Y en efecto; examinando los cuadros de las defunciones en este año, por edades y por enfermedad contagiosa, se ve, que el número de las ocurridas por este último concepto se elevó a 4.162, número que por comparación con 1.637 y 1.724 defunciones habidas respectivamente en los años anterior y posterior al 65, indican claramente la aparición de aquel formidable azote; que la mortandad de niños no pasó de los límites ordinarios; que el número de víctimas producidas por el cólera se distribuyó por mitad entre las edades de 16 a 45 años y de 46 hasta 100, y que el número de las habidas entre las edades de 46 a 60 fué doble que el de las 60 en adelante; relación ya observada en otras epidemias de carácter análogo a la del 65.

El cuadro de defunciones por edades, presenta los años 69 y 70 como críticos y excepcionales: pero verificados en ellos, contrariamente a lo que en el 65, que el número de defunciones se distribuyó por mitad entre los niños menores de quince años y los habitantes de edad comprendida entre diez y seis y cien años. Y si bien los cuadros estadísticos señalan considerable incremento de muertes por enfermedades contagiosas en los años citados, basta observar: primero el aumento de las calificadas de repentinas desde 62 que hubo el año 67 hasta 1.116 que hubo el 70; segundo el número de muertes violentas, que ascendió a 164, número menor que el ocurrido el 63, y sólo comparable con las que hubo en los años 66 y 68 en que soplaron por estas regiones vientos y tempestades revolucionarias.

También se ve en aquel cuadro que el número de defunciones seniles ó por vejez, que por razón obvia debe oscilar entre límites de escasa amplitud, ascendió progresivamente de 42 en el año 67 a 212 el 68, y a 1.339 el 69 y 70.

Parece por tanto razonable admitir como posible, hasta que ulteriores estudios lo acrediten ó lo nieguen, que el mayor número de defunciones ocurridas, y quizas las enfermedades como de carácter contagioso señaladas en los años 69 y 70, fueron determinadas por los trastornos; incertidumbres y sobresaltos propios de aquella época; opinión ya sostenida por algunos y que robustece algo la consideración; de la mayor mortandad de niños menores de cinco años, origina la quizas por una lactancia perniciosas que se explica por la impresionabilidad del sexo femenino; de la mayor mortandad de mujeres relativamente a la de hombres, y del incremento considerable de muertes repentinas por violencias y por vejez.

Comparando, finalmente, el número de muertes con el de nacidos, se nota un considerable descenso en la población de Madrid que alcanza a 37 por cada 10.000; y que no obstante la población aumenta con rapidez. Tal vez esto tenga cumplida explicación por el aumento de la población rural de España; por el malestar creciente que aqueja a las provincias y por el sistema de centralización que todavía predomina en España; causas todas de reconocida eficacia para determinar inmigraciones periódicas y aumento de población.

RAMON ESCANDON.

## El Club de la calle Real

Y el sub-suelo del café Frontin.

(BOSQUEJOS PARISIENSES.)

Leo en los periódicos un anuncio de verano que me trae a la memoria muchas cosas de invierno. Dice, poco mas ó menos, así: «Los casinos de Baden-Baden, Ostende, Dieppe y Trouville admitirán en su seno, sin necesidad de previa presentación, a todos los socios de los diez principales clubs de París.» Ya me figuró ver a los honorables individuos del Jockey-club, del círculo de la Chaussée d'Antin, y sobre todo a los del club de la calle Real despararramarse bulliciosos por todos esos centros de la moda y del lujo, prosiguiendo cada vez con mas éxito la no interrumpida serie de sus victorias.

Los meses de junio y julio en París hacen extragos. Los alegres almuerzos del Prado Catalán y las poéticas excursiones nocturnas del bosque de Bolonia son, a veces, despedidas eternas y casi siempre presagio de catástrofes sin cuento. ¡Cuántas *Nichettes* y *Leas* de esas que durante el invierno nan deslumbrado el *foyer* de la Opera con sus diamantes y el boulevard Malesherbes con su hermosura, de esas que a última hora enloquecen las doradas salas de Bignon con sus canciones, caen en estos momentos despeñadas de la alta cumbre donde la fortuna y el amor las elevaron.

Un fatal encuentro sobre el puente de las Artes, un sombrero de terciopelo expuesto en un escaparate de manera tentadora, la fiebre por realizar el sueño tenaz de alguna noche de lluvia las han sacado de sus familias, de sus bo-

hardillas ó de sus talleres; casi niñas, han sido ya huéspedes de la vida espléndida, han bogado por ese profundo peñalago donde se mezclan los grandes insomnios con los grandes delirios, y niñas aún, cuando apenas ha transcurrido un año, un año que se desvaneca como un segundo, la mano que las levantó se les retira dejándolas caer al abismo, ó en la ruina de sus amantes encuentran el naufragio. Luego se va a algunas vagar como locas bajo la sombra de los corpulentos árboles de las Tullerías, y a otras cruzar los puentes dudando si lanzarse a la prostitución ó al Sena; después, las hipertrófias del corazón se multiplican, solución inexorable de las fiebres parisienses. El barrio de Loreto no es el fin de esta dolorosísima pendiente, hay algo mas abajo; al pasar por la acera derecha del boulevard Poissonnière pisais junto a las claraboyas de su teclumbre: lo que hay allá abajo es una cosa terrible... ¡es el sub-suelo del café Frontin!

Entre ese espacio que media desde el club de la calle Real, hasta el subsuelo del café Frontin, está comprendido todo el París de los grandes placeres y de los grandes tormentos; en la calle Real se toca la cima del esplendor y de la opulencia; en el boulevard Poissonnière se llega a las mas espantosas profundidades de la desesperación y el dolor toma la careta de la orgía; en el suntuoso club ruedan sobre el tapete verde los millones de francos en forma de fichas encarnadas que a montones son baridas de un lado a otro según los caprichos de la suerte; en el horrible subsuelo se truecan anillos, medallones, brazaletes por una cena aguardada con ansia durante dos días ó por un asilo donde guarecerse de la noche ruda; al pie del club desfazan como fantasmas, con el llanto en los ojos y la angustia en los labios, algunas víctimas, que al sentirse despeñadas, y al medir el abismo que bajo sus plantas se abre, van a pedir un apoyo a aquella mano que días antes fué tan pródiga y que ya hasta les rebusa la limosna del mendigo; a la puerta del subsuelo la policía ronda procurando reconocer a los perseguidos; ambos centros funcionan durante las altas horas de la noche, cuando el club de París duerme entre el silencio del Frontin es el último que en París se despierta; el club que hasta hora mas avanzada ha estado abierto es el de la calle Real. De este club se sale para ir a un matrimonio fastuoso en el manicomio de Charenton; de aquel para ir a un funeral para ir a la salpêtrière.

Señalando el club de la calle Real, es un título de honor no hay puerta que permanezca cerrada, ni virtud que no vacile; significa el triunfo momentáneo, la aventura perpetua, el insuperable delirio sobre cuanto en París deslumbra ó mata los sentidos. Cuando el gran club de una fiesta, las mas bellas artistas de París solicitan con empeño tomar parte en ella; las que han perdido un amante, saben de seguro que allí encontrarán otro. ¿Quién no recuerda el último desfile de hermosuras femeninas verificado no hace mucho tiempo en aquella escena, con pretexto de una fantasía del marqués de Massas titulada *El club de las mujeres*?

Jamás se vio tal conjunto de Venus tentadoras; algún príncipe abandonó sus Estados y atravesó el agitado canal de la Mancha sólo por asistir al paso de aquella legión maravillosa y brillante.

El gran club hace, a veces, una revolución profunda en aquellos que de pronto comienzan a respirar su atmósfera. Esto le ocurrió a Mustapha Pacha; cuando el príncipe liberal turco tiró el turbante, y vestido a la parisiense, tomó asiento junto a la ruleta, la cobró tal afición que jamas encontraba el momento de apartarse de allí: la primera noche ganó sesenta mil francos. Al día siguiente, cuando ya llevaba seis ó siete horas jugando y la animación se hallaba en su apogeo, Mustapha Pacha sacó del bolsillo un gran trozo de salchichón y empezó a hincar el diente, sin abandonar su sitio. Allí pasó la mitad de su destierro; la otra mitad la pasó en compañía de Mlle. Meyer, una conica de Viena, que mas tarde dejó bastantes recuerdos en el café Frontin.

El furor por la vida del club es hoy desenfrenado; pero hace ya treinta años que un poeta bohemio, Enrique Murger, escribía a una mujer estos versos.

«Madame, je n'ai pas l'honneur de vous connaître, Mais supposez qu'on fait redache à l'Opera, Et qu'après son dîner, votre seigneur et maître A son club est allé tailler le baccarat.»

El club es la eterna pesadilla y el mas poderoso rival de las enamoradas; en vano la mujer celosa tratara de indagar el secreto que turba su calma; aquellos criados de calzon de terciopelo y media de seda, son duchos en extrañar y en sonreír.

El juego desenfrenado y el amor errante son los dos polos sobre que gira el gran club. No importa que el calor deje desiertos sus salones; se liquida con la administración del círculo y se manda el último *adieu* bajo un sobre perfumado a la mujer que se sacó de la sombra y que se va a arrojar al abismo, estampando esta frase: «Buena suerte! como irónica post-data. ¿A qué pensar en los momentos desahucados que la esperan, en las horas de locura que la aguardan? Baden se llena de aventuras húngaras, de rostros peregrinos; a Ostende acuden las holandesas de profundas y serenas pupilas; en último caso las atrevidas jugadoras de Hamburgo bastan para entreteñer los instantes que faltan hasta el próximo invierno.

Esas vertiginosas alturas proveen de personal a aquellas lúbricas cuevas. Son dos extremidades donde la razón no alcanza. El dolor de la caída debe ser tan espantoso, que las fibras mas íntimas del corazón y los mas recónditos senos del alma deben sentir envenenadas desgarraduras.

He aquí la oración fúnebre de una de esas despeñadas.

—He visto a Ninette a la puerta del café Frontin.

—¡Fenia chiel!

El que esto murmura hace venticuatro horas era su amante.

ERNESTO GARCÍA LADEVESE.

París 1.º de agosto 1879.

Imp. de El Liberal, a cargo de L. Polo, Almadena, 2.